

Al otro lado de la línea. Representaciones socioculturales en las narrativas sobre la frontera México-Estados Unidos

JOSÉ MANUEL VALENZUELA ARCE*

Resumen: En este artículo se analiza la conformación de diversos ámbitos socioculturales en la frontera entre México y Estados Unidos, destacando su condición heterogénea y sus expresiones rizomáticas. Para ello, se abordan algunas de las principales representaciones sobre "la frontera", "lo fronterizo" y "las fronteras culturales" entre la población mexicana, chicana y anglosajona y se definen varios conceptos relevantes para una discusión teórica sobre las culturas fronterizas.

Abstract: This article analyzes the shape of various socio-cultural spheres on the US-Mexico border, emphasizing their heterogeneous condition and rhizomic expressions. To this end, it explores some of the principal representations concerning "the border" and "cultural borders" between the Mexican, Chicano and Anglo-Saxon populations and defines various concepts essential to a theoretical discussion of border cities.

Palabras clave: cultura fronteriza, estudios culturales, representaciones sociales, cultura chicana, rizomas culturales.

Key words: border culture, cultural studies, social representations, Chicano culture, cultural rhizomes.

INTRODUCCIÓN

LA FRONTERA MÉXICO-ESTADOS UNIDOS, COMO SITIO de cruce y contrastes, ha sido campo fértil para la conformación de opiniones estereotipadas. Se ha descrito más que definido y vituperado más que analizado; ha sido enfocada para señalar escenarios donde anidan fuerzas proclives a la desnacionalización.

La frontera es un campo de relaciones sociales sujetas a cambios dinámicos que requieren nuevos acercamientos. Las construcciones dicotómicas resultan insuficientes para entender los procesos culturales de la frontera; no basta con resaltar sus dimensiones de cambio, ruptura o desencuentro, ni apostar a los elementos de continuidad o contigüidad. Debemos avanzar hacia la recreación compleja de los procesos culturales que marcan la vida y las relaciones socioculturales de la frontera, sus dilemas y representaciones.

* Dirigir correspondencia a El Colegio de la Frontera Norte, Depto. de Estudios Culturales, Blvd. Abelardo L. Rodríguez 2925, Zona del Río, C.P. 22320, Tijuana, B.C., México. Tel. 01(66)313535, fax: 01(66)312046, e-mail:jmvalen@colef.mx.

Las formas de relación de las comunidades y grupos sociales han sufrido variaciones sustantivas que vulneran los límites nacionales. Además de la redefinición de algunos elementos normativos de la relación entre el Estado y la participación ciudadana (como ocurre con las modificaciones constitucionales que permiten conservar la nacionalidad a los mexicanos que la obtengan en otro país), la semántica de los umbrales de adscripción entre lo mexicano y lo que ocurre al norte de la frontera, conlleva importantes transformaciones que rebasan el campo interpretativo desde el que se han pensado los fenómenos culturales fronterizos. Las relaciones socioculturales transfronterizas incluyen las redes sociales y familiares que densan sus ámbitos de interacción, produciendo procesos de transculturación, recreación y resistencia.

La frontera entre México y Estados Unidos se extiende a lo largo de 3 100 kilómetros y presenta una intensa interacción que puede ilustrarse si consideramos que solamente en 1995 se registraron 75 496 000 ingresos y 98 555 000 egresos. Lo anterior no sólo alude a cruces de personas, sino que se refiere a procesos de interacción inscritos en relaciones sociales desiguales y en diversas matrices culturales desde las cuales se conforman los heterogéneos procesos culturales fronterizos.¹

La población fronteriza ha tenido un crecimiento acelerado; así, de los 2 352 691 habitantes que tenía en 1970, en 1995 la población de los municipios mexicanos de la frontera norte superaba los cinco millones de habitantes,² con ciudades de más de un millón de habitantes como Tijuana y Ciudad Juárez (1 035 415 y 1 010 533, respectivamente); Mexicali con 695 805, y ocho ciudades con poblaciones superiores a los 100 000 habitantes, pero menores de 500 000, como Ensenada, San Luis Río Colorado, Nogales, Piedras Negras, Nuevo Laredo, Río Bravo, Reynosa y Matamoros.

A pesar de que el sector terciario es el más grande en la economía nacional (53% de la población ocupada en el comercio y los servicios), para algunas ciudades fronterizas esta situación ha sido su marca de origen y una de sus características relevantes, pues la condición terciarizada de la economía de los estados fronterizos del norte de México incluye la oferta de servicios para los visitantes estadounidenses. En este aspecto destaca el sector económico que comprende comercios, restaurantes y hoteles, con el peso más grande en los estados de Baja California, Sonora, Chihuahua y Tamaulipas, mientras que en Coahuila y Nuevo León este sector es desplazado al segundo lugar, después de la industria manufacturera.

La condición fronteriza alude a dimensiones límite. La posición de frontera implica la comprensión de lo propio y conforma vínculos con lo que se encuentra más allá de sus límites, con la realidad que inicia en los umbrales que demarcan ámbitos a los que no pertenecemos. Los ámbitos fronterizos son campos abiertos desde los cuales

¹ Nora L. Bringas Rábago, 1997, "El turismo fronterizo en el marco de la integración comercial con Norteamérica", en Alejandro Mungaray y María Guadalupe García de León, *Desarrollo fronterizo y globalización*, ANUIES/Unison, México.

² Esta población es de 5 084 302, de acuerdo con el Censo de Población y Vivienda, 1995, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI).

se revelan formas inéditas de experiencia y se evidencian algunos de sus sentidos menos transparentes

La comprensión de los ámbitos fronterizos implica transgredir límites, rebasar, repensar o recrear nuestros hábitos y formas culturales y avanzar en la comprensión de quienes habitan el otro lado de nuestra realidad; el otro y la otra de nosotros y nosotras. En la frontera se redefinen los límites propios y se despliegan o inhiben sus potencialidades.

Las relaciones culturales en la frontera México-Estados Unidos implican un frecuente cruce en ambas direcciones. Los grupos sociales interpretan los significados de las diferencias y similitudes que conforman las heterogeneidades de los mexicanos y mexicanas y la composición igualmente heterogénea de los y las estadounidenses. La experiencia fronteriza también produce formas distintas de entender la adscripción en la comunidad nacional imaginada y los procesos de conformación de identidades regionales, étnicas, de género y generacionales.

La realidad fronteriza, múltiple y compleja, no se agota en la dimensión binaria definida por lo mexicano y lo estadounidense. Tampoco se conforma a partir de relaciones dicotómicas que desconocen campos intersticiales y procesos transfronterizos que han marcado la vida y la cultura de ambas partes. La frontera es una gramática abierta, un texto inconcluso que se elabora desde múltiples miradas y acepta muchas lecturas. Si recuperamos la imagen del rizoma desarrollada por Deleuze y Guattari, para entender las relaciones culturales de la frontera, podríamos decir que la frontera es rizomorfa.³

A los procesos fronterizos se les pueden atribuir algunas de las características del rizoma señaladas por Deleuze y Guattari, como son la unidad conformada en la multiplicidad, la diversidad que implica conexión (interconexión) y heterogeneidad de los diferentes puntos, la existencia de diversos eslabones semióticos y formas de codificación, su condición multisignificante y la multiplicidad,⁴ definida por el afuera. La

³ Una caracterización resumida del rizoma de Deleuze y Guattari es la siguiente: “[...] el rizoma conecta cualquier punto con otro punto cualquiera. Cada uno de sus rasgos no necesita necesariamente rasgos de la misma naturaleza; el rizoma pone en juego regímenes de signos muy distintos e incluso estados de no-signos. El rizoma no se deja reducir ni a lo Uno ni a lo múltiple[...] no está hecho de unidades, sino de dimensiones, o más bien de direcciones cambiantes. No tiene principio ni fin, siempre tiene un medio por el que crece y desborda. Constituye multiplicidades lineales de n dimensiones, sin sujeto ni objeto distribuibles en un plan de consistencia del que siempre se sustrae lo Uno ($n-1$)[...] el rizoma sólo está hecho de líneas: líneas de segmentaridad, de estratificación, como dimensiones, pero también líneas de fuga o de desterritorialización como dimensión máxima según la cual, siguiendo, la multiplicidad se metamorfosea al cambiar de naturaleza[...] es una antigenealogía, una memoria corta o antimemoria, un sistema acentrado, no jerárquico y no significante[...]”. Giles Deleuze y Félix Guattari, 1997, *Rizoma. Introducción*, Éditions de Minuit, Serie Pre-Textos, España, pp. 48-49. La metáfora del rizoma para el estudio de los procesos culturales en la frontera México-Estados Unidos ha sido utilizada por Eduardo Barrera, en “Border Bardo. La frontera como rizoma catalizador”, mimeo., s/f.

⁴ “Una multiplicidad carente de sujeto y objeto, que sólo posee determinaciones, tamaños, dimensiones que no pueden cambiar sin que ella cambie de naturaleza[...]. La multiplicidad será definida por “el afuera, por la línea abstracta, línea de fuga o de desterritorialización según la cual cambian de naturaleza al conectarse con otras”. *Ibid.*, pp. 19-21.

frontera, al igual que el rizoma, posee muchas líneas de lectura e interpretación, que desbordan las pretensiones rígidas, ahistóricas o esencializantes.⁵ La dimensión abierta de la frontera no admite una sola genealogía, ni sobrecodificaciones. La representación rizomática de la frontera conforma experiencias que inciden en la realidad, en la creación de mapas cognitivos que delimitan la autopercepción y nuestra mirada sobre los otros. Como el rizoma, la frontera es portadora de diversas matrices de símbolos, es cambiante y centrada, interioriza el afuera, el cual es constituyente del adentro, por lo tanto, es una dimensión apropiada que participa en la definición de los sentidos propios, internos e interiorizados.

La metáfora del rizoma nos ayuda a entender las múltiples formas de articulación cultural que se producen en la frontera, sin embargo, resulta poco útil para comprender los ámbitos de estructuración sociocultural y los intensos procesos de transculturación, recreación, resistencia y disputa que en ella ocurren. En este artículo nos interesa destacar algunos procesos culturales fronterizos cuya lógica se define en las imbricadas relaciones sociales y culturales de ambos lados de la frontera, donde han destacado el habla de sus habitantes, los cantos populares (principalmente el corrido, como narración épica que construye una crónica popular de las relaciones sociales) y la conformación de movimientos socioculturales que se despliegan entre la población de origen mexicano en ambos lados de la frontera.

LA NUEVA FRONTERA

La historia de la frontera entre México y Estados Unidos se inicia con la dolorosa herida de la guerra en la que, además de cuantiosas pérdidas humanas, México fue despojado de los territorios de Arizona; California, Nuevo México, Utah, Nevada y parte de Colorado. Con la nueva demarcación, varias decenas de miles de mexicanos fueron divididos por la nueva frontera y otros tuvieron que emigrar, estableciéndose en las ciudades mexicanas al sur del río Bravo. La línea fronteriza no se limitaba a la demarcación polarizada entre población anglosajona y población mexicana, protestantes y católicos, personas de piel blanca o morena, inmigrantes y personas con redes sociales prehispánicas, sino que también dividía a familias, redes sociales y afectos. En el norte mexicano, la población quedaba lejos de los procesos nacionales definidos desde el centro, mientras que en el sur estadounidense, los mexicanos, súbitamente “extranjerizados”, vivían un proceso de colonización, sometidos a condiciones desventajosas, despojados de sus propiedades e inscritos en un régimen sociopolítico que los estereotipaba y discriminaba.

La segunda mitad del siglo XIX estuvo marcada por una profunda opresión de la población mexicana en Estados Unidos, mientras que la población afroestadunidense

⁵ “Todo rizoma comprende líneas de segmentaridad según las cuales está estratificado, territorializado, organizado, significado, atribuido, etcétera, pero también líneas de desterritorialización según las cuales se escapa sin cesar”. *Ibid.*, p. 22.

fue reducida a la esclavitud hasta la guerra civil de 1863. En este contexto se expresaron los primeros movimientos de resistencia social y se publicaron periódicos comprometidos con la causa de “la raza”. También surgieron bandoleros sociales, figuras que encarnaban los anhelos reivindicativos de la población mexicana al estilo de Gregorio Cortez, Élfego Vaca, Joaquín Murrieta, Tiburcio Vázquez y otros, quienes, además de la frontera social entre ricos y pobres (que define la acción de los bandoleros sociales tradicionales), actuaban desde las líneas raciales y culturales que diferenciaban a anglosajones y mexicanos, generando movimientos políticos de resistencia como el de Juan Nepomuceno *Cheno* Cortina.

La población mexicana, llamada “chicana” o “chola”, presentaba aspectos fundamentales que la diferenciaban de la anglosajona, tales como sus características raciales (expresadas de manera notable en el color de piel), su cultura (definida de manera principal por el idioma y la religión) y su condición social (como población trabajadora ubicada en los niveles más bajos de la estructura social). Desde la perspectiva dominante, se consideró que la condición social desventajosa de mexicanos y afroestadunidenses correspondía a razones biológicas. Los estereotipos cobraron relevancia con el conflicto armado, una vez probada la superioridad militar de Estados Unidos sobre México. La percepción dominante sobre los mexicanos los redujo a individuos flojos, sucios, crueles y cobardes. Esta visión peyorativa también incluyó a los inmigrantes asiáticos y a los de origen africano.

Al finalizar el siglo XIX, Estados Unidos consolidó su crecimiento económico en la agricultura, la minería, la industria, los ferrocarriles, situación que propició una considerable migración europea y asiática, así como una mayor migración de mexicanos, quienes, en los albores del siglo XX, se acercaban al medio millón de personas, de los cuales, la quinta parte estaba compuesta por inmigrantes.

Con el nuevo siglo, la emigración mexicana a Estados Unidos aumentó considerablemente, estimulada por los procesos económicos señalados (especialmente en la agricultura y la industria). En México, el porfiriato propició una fuerte corriente migratoria hacia Estados Unidos como producto de una política latifundista, que dejó sin medios de subsistencia a gran cantidad de personas vinculadas al campo. Este desplazamiento se orientaba a satisfacer las necesidades de fuerza de trabajo en el campo y la ganadería del sur estadounidense. Las emigraciones se fortalecieron a principios del siglo XX debido a la agudización de los problemas sociales internos, y se ampliaron con la revolución mexicana de 1910-1917. Otro factor que incidió en el proceso migratorio de la época fue la demanda de fuerza de trabajo en la industria estadounidense, propiciada por la primera guerra mundial. La población mexicana también se trasladó a regiones no fronterizas de Estados Unidos, como Illinois y Ohio. Para 1930, dicha población llegaba a 1 729 000 personas, de las cuales 640 000 eran inmigrantes.

La demanda de fuerza de trabajo en los campos agrícolas estadounidenses, producida por la expansión industrial y los movimientos sectoriales de los trabajadores, propició que el gobierno norteamericano considerara las preocupaciones de los empresarios agrícolas que requerían más trabajadores en los campos. En 1942, los gobiernos mexicano y estadounidense firmaron el Programa Bracero, un acuerdo de contratación

temporal de trabajadores mexicanos, mediante el que migraron miles de trabajadores mexicanos para laborar en el campo, la minería y el mantenimiento de las vías de comunicación. El ingreso legal de trabajadores no cambió los ánimos xenofóbicos y racistas contra los mexicanos, quienes, al finalizar el Programa Bracero (1964), eran cuatro millones de personas expuestas a condiciones denigrantes de vida, definidas por el predominio de una división social de oportunidades marcada por el racismo. Letreros ignominiosos los excluían (igual que a los afroestadunidenses) de restaurantes, albercas, parques públicos y áreas residenciales.

En los años subsecuentes a la segunda guerra mundial se incrementó el número de inmigrantes con visas permanentes y temporales, situación que alarmó sobremanera a la sociedad estadounidense. El gobierno de ese país impulsó una campaña masiva de deportaciones a través del Servicio de Inmigración y Naturalización, conocida como "Operación espalda mojada", mediante la que se deportó a cientos de miles de trabajadores.

Desde entonces y hasta la fecha, se ha suscitado un proceso constante de emigración de mexicanos hacia Estados Unidos que ha dependido de la demanda de fuerza de trabajo en ese país y de la lógica de las redes sociales conformadas a lo largo de siglo y medio.

La irrupción del movimiento chicano en los años sesenta, propició la producción de importantes obras académicas y artísticas de personas de origen mexicano, preocupadas por redefinir las condiciones de vida, la política, la cultura y las representaciones de lo chicano en Estados Unidos. Coincidente con el movimiento de los derechos civiles de la población afroestadunidense, el movimiento chicano también participó en la generación de importantes cambios en las relaciones interétnicas. Era evidente el fracaso de las posiciones unívocas que apostaban al asimilacionismo o el *melting pot*. Simultáneamente, los movimientos juveniles y feminista se convirtieron en dos de los principales agentes de los cambios culturales de la segunda mitad del siglo XX.

Junto a estos cambios socioculturales se presentaban tendencias contundentes que marcaban los perfiles demográficos, con un fuerte crecimiento de la población de origen latinoamericano. Según el censo de 1990, la población de Estados Unidos creció cerca de 10% en una década y llegó a 248 709 873 habitantes, con una composición mayoritariamente "blanca", de 199 686 070 habitantes (80.3%) y un crecimiento de 6%; la afroestadunidense con 29 986 060 (12.1%) y un incremento de 13.2%, y la "hispana" con 22 354 059 (9%), y un crecimiento de 53 por ciento.

Una de las características de la población de origen mexicano en Estados Unidos es su concentración en unos cuantos estados, y un promedio de edad diez años menor al promedio nacional. California es el estado con crecimiento más dinámico (25.7%),⁶

⁶ "Census Bureau Completes Distribution of 1990 Redistricting Tabulations to States", en United States Department of Commerce News, Bureau of the Census, Washington, D.C., 11 de marzo de 1991.

llegando a casi ocho millones de hispanos, lo que representa 25.8% de la población del estado. Texas posee 4 339 905 (25.5%) "hispanos"; Nueva York tiene 2 214 026 (12.3%), y Florida 1 574 143 (12.2%).⁷

Así, en 1989, nueve de cada diez "hispanos" vivían en sólo nueve estados y el 65% lo hacía en tres: California, Texas y Nueva York. Si se toman en cuenta los ritmos diferenciados de crecimiento por grupo étnico, se estima que para el año 2000 los "hispanos" serán 25 millones, y si consideramos a los inmigrantes dentro de este escenario, la cifra podría aumentar a 30.3 millones, con lo que para el año 2050 será mayor que la población afroestadunidense.⁸

La estructuración social estadounidense se realizó sobre importantes desigualdades étnicas, por lo que, aun en 1987, el ingreso medio de las familias "hispanas" equivalía a 62.73% del percibido por las de origen anglosajón, mientras que el de los afroestadunidenses solamente alcanzaba 57.14%. Asimismo, la desigualdad de género posee una función relevante en la pobreza, pues las mujeres mexicanas obtienen menores ingresos que los hombres y las mujeres de todos los grupos étnicos.⁹

EL OTRO LADO DE LA LÍNEA

Desde los años veinte del siglo que termina, las ciudades fronterizas del norte mexicano crecían de manera acelerada, influidas tanto por los niveles altos de migración interna como por quienes vieron frustradas (o desistieron de) sus intenciones de cruzar a Estados Unidos. El sector de los servicios fortalecía su orientación hacia la demanda de visitantes estadounidenses, quienes cobraban visibilidad en algunas áreas de dichas ciudades, especialmente la población joven que accedía a restaurantes, cantinas y prostíbulos.

Los contextos culturales de la frontera México-Estados Unidos remiten a intensos procesos de transculturación, recreación y resistencia cultural. La transculturación conlleva "préstamos culturales" entre miembros de grupos heterogéneos. No hablamos tan sólo de aspectos gregarios, sino de elementos que se resemantizan al incorpo-

⁷ Durante el mismo periodo, los "blancos" crecieron 13.8%, pasando de 18 030 983 (76.2%) a 20 524 327 (69%) y los afroamericanos crecieron 21.4%, pasando de 1 819 281 (7.7%) a 2 208 801 (7.4%).

⁸ Véase David Hayes Bautista *et al.*, *The Burden of Support: Young Latinos in a Aging Society*, Stanford University Press, Stanford, CA., 1988.

⁹ La media de ingresos de los hombres hispanos mayores de 15 años fue de sólo 13 600 dólares, mientras que los hombres no hispanos obtuvieron 21 300 dólares; por otra parte, el ingreso promedio de las mujeres hispanas fue de sólo 9 200 dólares, cifra menor que la de los hombres en general y que la de las mujeres no hispanas, que fue de 11 200 dólares. Es importante destacar que de la población hispana que percibe ingresos de 25 000 dólares o más, la de origen mexicano es minoritaria con 18%, mientras que la cubana ocupa el lugar más alto con 36%, y la proporción de mujeres mexicanas que obtuvieron ingresos mayores de 25 000 fue de sólo 8%, porcentaje bastante similar al de las mujeres centroamericanas, pero diferente al de las puertorriqueñas, cubanas y otras mujeres hispanas, que fue de 15 por ciento.

rarse a una nueva matriz cultural. Son procesos dinámicos incorporados en campos relacionales de poder, por lo cual, hablar de transculturación en contextos definidos por desigualdades de poder, como sucede en la frontera México-Estados Unidos, implica un alto índice de conflicto cultural. Los procesos de transculturación conllevan diferentes niveles de recreación mediante los cuales, los nuevos elementos se insertan en preconstruidos culturales donde adquieren otros sentidos.

En la frontera existe gran cantidad de elementos culturales que fluyen de un lado a otro de "la línea". Esto lo podemos ilustrar mediante diferentes variaciones lingüísticas, como la incorporación de anglicismos en el español de la frontera, la recreación discursiva que se da en México y en Estados Unidos, y la conformación de expresiones socioculturales transfronterizas.

Esos elementos, con importantes connotaciones transfronterizas, los podemos ubicar en la vida de los barrios mexicanos y chicanos, donde se presentan procesos de recreación, resistencia e invención de aspectos definitorios del perfil cultural de lo mexicano. Entre éstos destaca la música "norteña", que por varias décadas ha expresado vivencias y valores fundamentales que conforman los límites de adscripción identitaria de los mexicanos. Esto no significa que se estén modificando de manera lineal los elementos fundamentales de definición de las cosmovisiones en ambos lados de la frontera.

En ella encontramos importantes procesos de resistencia cultural. Esto es, construcciones colectivas de sentido que se apoyan en elementos simbólicos definitorios de la identidad grupal y funcionan como marcas que refuerzan la definición de los límites colectivos de adscripción. Los procesos de resistencia cultural fortalecen los límites simbólicos de pertenencia.

No compartimos el punto de vista de quienes consideran que en la frontera los procesos culturales circulan únicamente del norte hacia el sur. Tampoco coincidimos con quienes reducen los complejos procesos de interacción cultural, presentes en ambos lados de la frontera, a la mera presencia de una alteridad que abarca al conjunto de lo que sucede del otro lado. La frontera presenta variaciones regionales fundamentales, así como diversas conformaciones derivadas de las adscripciones de clase, de grupo étnico, de género o de generación, por lo que adjudicar el conjunto de los procesos socioculturales que se presentan en la frontera a la influencia de lo estadounidense implica una grave simplificación.

Existen amplias desigualdades culturales derivadas de la adscripción de clase, y destaca el hecho de que se presenta mayor proclividad hacia lo estadounidense en la medida en que el nivel social aumenta. Asimismo, del otro lado de la frontera observamos que la mayor avidez por difuminarse en la cultura anglosajona se encuentra entre los miembros de los sectores medios y altos, mientras que las familias pobres que habitan en los barrios mexicanos y chicanos presentan niveles más altos de resistencia cultural.

Otro elemento fundamental en la delimitación de las identidades culturales consiste en la conformación diferenciada de opciones a partir de la adscripción de género. Esto nos remite a la presencia de un universo simbólico donde la división social de

género tiene una participación central en la constitución de las identidades culturales, así como en las oportunidades sociales. De acuerdo con el censo estadounidense de 1990, en todos los grupos étnicos de ese país las mujeres ocupan los niveles más bajos de bienestar, mientras que en México la desigualdad de género se sigue presentando de manera relevante tanto en las oportunidades laborales, las expectativas de ingresos y las posibilidades de movilidad socioeconómica, como en los procesos amplios de participación social.

En cuanto a la condición étnica, debemos destacar que ésta sigue teniendo un papel relevante en la conformación de las identidades culturales. En Estados Unidos persiste una división sociocultural de oportunidades, en la que la situación étnica desempeña un papel fundamental. Así, observamos que los llamados grupos minoritarios viven una situación de subordinación cultural y el racismo sigue teniendo una importante presencia institucionalizada. Por otro lado, en México la situación de los pueblos indígenas también se inscribe en marcos desventajosos, y el racismo contra esa población mantiene formas ignominiosas de expresión. Ésta es la base de la que surgen movimientos de resistencia social, política y cultural, como la del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en el sureste mexicano.

La conformación cultural de la frontera norte de México implica la colindancia e interacción con lo estadounidense. Sin embargo, lo que sucede al norte de la frontera no explica el conjunto de expresiones culturales que se presentan al sur de la misma ni lo anglosajón ha logrado la asimilación y difuminación cultural de amplios sectores de la población de origen mexicano que vive en Estados Unidos.

Lo estadounidense se reproduce y recodifica de múltiples maneras en los espacios cotidianos de la frontera donde se evidencian las desigualdades, los contrastes, las semejanzas, los deseos asimilacionistas y las resistencias sociales y culturales. A pesar de las evidentes desigualdades económicas y sociales entre México y Estados Unidos, la interacción fronteriza implica diferencias, resistencias y conflictos, y son las culturas populares las que tienen mayor capacidad para preservar y recrear elementos de cohesión cultural.

La frontera México-Estados Unidos presenta una marcada heterogeneidad cultural en la que coexisten identidades emergentes en poblaciones adscritas a antiguas culturas indígenas. De esas poblaciones, 400 000 personas viven en los estados fronterizos del norte de México, distribuidas de la siguiente manera: 34 081 radican en Baja California, 4 513 en Coahuila, 109 943 en Chihuahua, 5 783 en Nuevo León, 233 078 en Sonora y 10 489 en Tamaulipas.

La presencia cultural de los pueblos indígenas es amplia y diversa, como lo demuestra la existencia de los pai pai, k'miai, kiliwas, cochimíes, cucapás, yaquis, mayos, seris, pápagos, kickapú, rarámuris. Algunos de estos grupos poseen vida transfronteriza, como los yaquis y pápagos en Sonora y Arizona, los kickapú en Coahuila y Oklahoma, o los mascogos de raíz africana del estado de Coahuila. La frontera también registra una importante inmigración de mixtecos, zapotecos y mixes en la región noroccidental (Sonora y Baja California en México, y California en Estados Unidos), así como de mazahuas en el estado de Chihuahua. Lo anterior demuestra la importancia social

de estos pueblos y la necesidad de una mejor comprensión de la especificidad de sus procesos culturales.

En la frontera también encontramos una rica expresión cultural popular que involucra manifestaciones juveniles al estilo de los pachucos, los cholos o los *lowriders*, así como los *punks* o los *rockers*, los cuales han delimitado de manera importante el escenario urbano fronterizo durante las últimas décadas. Los jóvenes constituyen uno de los más ricos componentes de la recreación e innovación culturales y destacan las expresiones simbólicas de la juventud pobre que habita en las colonias populares.

La historicidad de la población de origen mexicano en Estados Unidos, entre la que se encuentra la población chicana, muestra una imbricada relación entre pertenencia étnica y clase social. Tradicionalmente, la población de origen mexicano que vive en Estados Unidos ha pertenecido a los sectores de trabajadores pobres, y muchos de sus intelectuales poseen experiencias y fuertes vínculos con el trabajo agrícola, el tendido de vías, los servicios o la industria. Estas vivencias son marcas de vida muy profundas que han determinado algunas de sus manifestaciones sociales, políticas y artísticas. Es por ello por lo que el arte chicano posee una huella imborrable de las expresiones populares vinculadas con el capital cultural mexicano, que se renueva mediante las experiencias migratorias y la interacción fronteriza con el lado mexicano.

Los símbolos definitorios de las identidades culturales cruzan la frontera y se manifiestan de manera destacada en los barrios, la música (corridos, canciones rancheras, cumbias), las danzas, las expresiones gráficas tales como murales o *grafitti*, la medicina tradicional, el teatro, las fiestas, los cuentos, las tradiciones orales, los mitos, las leyendas, los juegos o la mística popular, en la que personajes como el niño Fidencio, Pedrito Jaramillo, Juan Soldado o Jesús Malverde mantienen una influencia transfronteriza.

AL NORTE DE LA LÍNEA

Las relaciones interétnicas en Estados Unidos han sido siempre conflictivas, principalmente por su estructuración, caracterizada por la existencia de una fuerte división sociocultural de oportunidades. Las fronteras culturales, especialmente las de carácter étnico y racial, han sido interpretadas desde perspectivas dominantes que culpan a los grupos desprovistos de poder. Según los enfoques deterministas, las diferencias sociales y culturales obedecen a características biológicas (o ecológicas) y, por lo tanto, se postula la existencia de grupos con capacidades superiores y otros con capacidades inferiores; de esta manera, supuestas características "innatas" determinarían su posición en la estructura social.

Las teorías asimilacionistas señalan la absorción cultural de los grupos "menos desarrollados" por los grupos o naciones dominantes, mientras que las teorías de la aculturación parten de posiciones dicotómicas entre desarrollo y subdesarrollo, en las que inevitablemente existiría una ruta de asimilación de los grupos y naciones menos desarrollados y una aculturación de las llamadas "minorías" por los grupos dominantes de los países desarrollados, quienes poseen mayores privilegios, reconocimiento y

poder. Por su parte, la teoría plural considera que la desigualdad proviene del mantenimiento de procesos de institucionalización y culturas diferentes.

Frente a estas posiciones, existe gran cantidad de trabajos que ubican las desigualdades en la estructuración de las relaciones sociales, tal como lo plantean los estructuralistas y las teorías del colonialismo interno. Este enfoque señala las relaciones entre grupos con fuertes diferencias socioculturales, inscritos en esquemas impuestos por los grupos dominantes, y en los que se reproducirían las diferencias étnicas y culturales en las estructuras laborales. Desde esta perspectiva, se consideró que los chicanos eran un pueblo colonizado por los anglosajones en los que fueron sus propios territorios, creando un colonialismo interno que reproduce la subordinación.

Para las perspectivas dominantes anglosajonas, la frontera ha significado una colindancia con la barbarie, el atraso, el otro lado del espejo, donde lo mexicano alude a la opacidad, al fracaso visible; es la referencia que amplifica las virtudes propias. La frontera es la trinchera donde tiene lugar la lucha contra la contaminación, la inmigración amenazante, la degradación racial, económica y moral. También ha sido el botín, el tesoro codiciado, disponible y evasivo de los sueños filibusteros, o el traspatio sobre el que se debe mantener orden y vigilancia. La frontera se percibe como fuente de problemas, como el sitio por donde fluyen enfermedades, cruzan los braceros que minan la oferta de trabajo, o las drogas que dañan a los jóvenes. Por ahí transitan rencores y frustraciones que incrementan la violencia: candidatos para las cárceles o prospectos para las listas de asesinados legalmente mediante inyección letal. También proliferan posiciones paternalistas sobre la frontera, para las que el sur es una suerte de hermano menor a quien se debe tratar con paciencia y enseñarle el camino. Afortunadamente, además de estas perspectivas autoritarias, existen muchos hombres y mujeres anglosajones con posiciones respetuosas, multiculturalistas o postcolonialistas que apuestan por un mundo donde las fronteras signifiquen inicios y no límites amenazantes que implican rupturas.

Norma Klahn¹⁰ analiza las representaciones sobre México desde la mirada de autores anglosajones, destacando la marca del racismo en los trabajos pioneros, en los que prevalecían argumentos naturalistas que vinculaban simbióticamente atributos morales y capacidades intelectuales con la raza de pertenencia. Se destacaba la dimensión superior de los elementos blancos, protestantes y masculinos; el puritanismo y la ética del trabajo frente a las otras razas, consideradas inferiores. Klahn destaca el tropo de la diferencia como eje conceptual desde el cual se han construido las interpretaciones sobre lo mexicano. Esto ha sido así desde el siglo XIX, y la frontera es el ámbito privilegiado donde la diferencia se construye y reconstruye. Junto a las excepciones que refrendan la dimensión hostil de la frontera existen miradas, como la de Graham Greene, que rebasan las perspectivas estereotipadas. La frontera deviene espacio imaginado, un “más allá” que alimenta el deseo, la posibilidad de “empezar algo nuevo”.

¹⁰ Norma Klahn, 1995, “La frontera imaginada, inventada o de la geopolítica de la literatura a la nada”, en Ma. Esther Schumacher, *Mitos en las relaciones México-Estados Unidos*, FCE/SRE, México.

La frontera, como espacio novedoso, enmarca posibilidades extraordinarias, rupturas con inercias cotidianas, expectativas de transgresión o relajamiento del control normativo. Desde otra perspectiva, John Reed apostó por un mundo sin fronteras nacionales y sin explotación, y dejó obras testimoniales de gran importancia sobre las revoluciones mexicana y soviética, mientras que John Kenneth Turner trató de entender los procesos sociales y políticos de México.

Las posiciones complejas sobre la frontera y los mexicanos han sido minoritarias. Por el contrario, la “diferencia” se ha construido desde la condición amenazante representada por la frontera: ámbito de transgresión, de invasión silenciosa, la presencia indeseable, la colindancia acechante definida desde los 3 100 kilómetros de “territorio extranjero”. Klahn analiza la manera en que los angloamericanos han “inventado y estructurado textualmente” tanto a los mexicanos como a ellos mismos. Así, los mexicanos aparecen como seres “misteriosos, románticos, amantes de la diversión, relajados, pintorescamente primitivos o, por lo contrario, conspiradores, sensuales, desordenados, perezosos, violentos e incivilizados[...]”. Desde estas descripciones, en la frontera se incrementan los perfiles de confrontación. Klahn analiza las imágenes utilizadas para representar la frontera, entre las que se encuentra “la frontera sodomita donde florece la perversión, la inmoralidad, la corrupción, la crueldad y la hipocresía” (Paul Theroux, *Old Patagonia Express*). También es el espacio donde se ponen a prueba las propias capacidades (Stephen Crane), o “el último viaje”, cuyo destino es “el encuentro glorioso con la muerte” (Ambrose Bierce). La frontera también aparece como lugar donde se escenifican las pasiones festivas y se delimitan las reglas de sobrevivencia; donde la “intrínseca maldad” de los mexicanos contrasta con la “simbiótica bondad” anglosajona (Jack London). En la frontera se recrean los clichés para consumo turístico (Edna Ferber) y se le considera el paraíso terrenal de las drogas y el “viaje”, donde ocurre la transgresión alucinante de las percepciones. Aquí, la frontera es la tierra de los hongos, del peyote y la *golden acapulco* (Jack Kerouac y William Burroughs). En los últimos años han aparecido posiciones complejas que observan las relaciones culturales múltiples que están produciendo un conjunto de nuevas naciones dentro de Estados Unidos, país que comienza a parecerse al norte de México. A este conjunto se le llama Mexamérica: región cultural que comprende desde California a Texas y los estados del norte mexicano, y su capital es la ciudad de Los Ángeles (Joel Garreau), aunque también podría extenderse desde Chicago y Pittsburgh en Estados Unidos, hasta la capital mexicana (Lester D. Langley).¹¹

¹¹ *Op. cit.*

CHICANAS Y CHICANOS

Uno de los trabajos literarios que recrean el proceso migratorio y las condiciones de vida de los trabajadores mexicanos en Estados Unidos, es la novela de Daniel Venegas, *Las aventuras de Don Chipote, o cuando los pericos mamen*, publicada en el periódico *El Herald de México* de Los Angeles, en 1928,¹² en la que con estilo humorístico y lenguaje coloquial, se relatan las vicisitudes de los inmigrantes que abandonan a su familia para irse a trabajar al país vecino, enfrentándose a la explotación y a condiciones oprobiosas de vida. La ironía de Venegas incorpora a los conversos culturales como Pitasio, que con sólo cruzar la línea, presumen de hablar “la tatacha del toquinglés”. Chipote, acompañado por su perro *Sufrelambre*, abandona a doña Chipota y a los chipotitos para irse a Estados Unidos, donde sufrirá la explotación, el racismo y la soledad, hasta que se ve obligado a regresar al terruño. La historia concluye con el epílogo mordaz de Venegas: “los mexicanos se harán ricos en Estados Unidos: CUANDO LOS PERICOS MAMEN”.

También el ex villista Juan Rubio debe abandonar el país (con la revolución en el alma), para irse a Estados Unidos, en la novela *Pocho en español* del angelino José Antonio Villarreal.¹³ En este escenario, Villarreal recrea la explotación de los mexicanos en los campos agrícolas estadounidenses y, por medio de Ricardo, hijo de Juan Rubio, relata los desencuentros culturales y familiares que ocurren en dominios diferenciados y con preferencias lingüísticas distintas. Villarreal presenta las condiciones del aprendizaje temprano, por el que a los niños mexicanos se les insulta llamándolos “cholos” o *dirty mexican*. Ronnie, el niño anglosajón, hace suyos esos prejuicios: “Mi madre tiene razón al juzgar este pueblo piojoso. No hay personas decentes, ¡sólo una bola de mexicanos y japoneses y no sé qué más mugre humana!”¹⁴ Escrito a finales de los años cincuenta, *Pocho...* incursiona en terrenos literarios recreados desde temas fundamentales para la comunidad mexicana como la inmigración, los cambios culturales, el racismo y el “pachuquismo”.

La posición transfronteriza como representación del cruce de fronteras se recrea de manera relevante en *Peregrinos de Aztlán* de Miguel Méndez,¹⁵ quien escribe desde su condición de mexicano, indio, espalda mojada y chicano. Por eso incluye a un anciano sabio yaqui como limpiador de vidrios, es decir, un miembro de los pueblos originales confrontado con la “modernidad”, desde una condición periférica de informalidad. Dios deambula por la frontera, como Jesús, el dios yaqui, quien nació en Belén, Sonora. La frontera de Méndez recrea hábilmente los giros del habla y el calor de la región (“al recle te teoriquen pura totacha”), la migración, el trabajo y una posición en favor del chicano y el mexicano que lo lleva a consideraciones totalizadoras:

¹² Daniel Venegas, 1984, *Las aventuras de Don Chipote, o cuando los pericos mamen*, SEP/Cefnomex, México.

¹³ José Antonio Villarreal, 1994, *Pocho en español*, Anchor Books, Nueva York.

¹⁴ *Ibid.*, p. 205.

¹⁵ Miguel Méndez, 1989, *Peregrinos de Aztlán*, ERA, México.

“En la frontera mexicana el gringo con su dinero lo pudre todo.” El viaje no ha terminado y los peregrinos conservan muchas de sus tradiciones populares, su cultura, sus formas de resistencia, elementos que se conjugan de manera intensa en la frontera con sus espacios sórdidos de prostitución, drogas y cantinas. El futuro chicano y fronterizo de Méndez se construye desde la recuperación del pasado, en un proceso de anamnesis que requiere volver a lo que fuimos para saber quiénes somos y afinar el rumbo por el que deseamos continuar. Por eso concluye así: “¡Caballeros tigres, caballeros águila, luchad por el destino de nuestros hijos! Sabed, los inmoldados, que en esta región seréis alborada y también seréis río[...]”. Es desde la recuperación del pasado que los chicanos se pueden reinventar como pueblo:

[...] ora como que apaño güergüenza, siempre camellando como un pinchi animal, ése, usted, que ha leído tantos “comics”, ¿qué somos slaves, nosotros la raza? Luego, ése[...] es como si le filerearan a uno los hígados. Allás, ése, pos es uno “greaser”, un “Mexican”, viene uno acá, ése, y quesque uno es “pocho”; me empieza a cuadrar que me llamen chicano, bato, me cai a toda madre, carnal, siquiera ya es uno algo, no cualesquier greaser o pocho ¿qué no? Usted que ha leído tantos funnys, carnalito, ¿qué semos, ése?¹⁶

El recorrido por la reelaboración de los referentes fundantes ha sido amplio y rico, por eso algunos autores como José Montoya subrayaron sus identidades profundas y se consideraron chicanos, habitantes de la Chicanación Casindia, “carnales aztleños”.

Las fronteras incluyen herencias culturales y referencias míticas. La literatura chicana se encuentra poblada de imágenes mágicas, lo que ha sido desarrollado de manera intensa por Rodolfo A. Anaya, en *Bendíceme, Última*, novela en la que se presentan las rivalidades y los cambios intrafamiliares en un ambiente bucólico y supranatural, centrado en la relación entre Antonio y Última, la Grande, personaje mágico con dones curativos. En ese ambiente, Antonio va conociendo la historia de su familia y de su pueblo: “Luego vino el ferrocarril. El alambre de púas llegó también. Las canciones, los corridos, se hicieron tristes y el encuentro de la gente de Texas con mis antepasados fue sangriento, de asesinatos y de tragedia.”¹⁷

Con Última, Antonio aprende aspectos profundos de la sabiduría popular frente a un mundo donde los viejos dioses se están muriendo y la inmortalidad está en la libertad del hombre. También descubre que las fronteras limitan la comprensión de un gran ciclo que nos incluye a todos: “Las aguas son sólo una, Antonio. Miré dentro de sus ojos brillantes y claros, y comprendí la verdad. Has estado viendo las partes —terminó—, y no has visto más allá, hacia el gran ciclo que nos une a todos.”¹⁸ La condición de frontera pone a prueba nuestras capacidades para entendernos como parte de una totalidad diversa, como parte de una unidad plural o, dicho con la simplicidad de Última: “al final la comprensión significa sencillamente sentir amor por la gente”.

¹⁶ *Ibid.*, p. 27.

¹⁷ Rodolfo A. Anaya, 1992, *Bendíceme, Última*, Grijalbo/Conaculta, México.

¹⁸ *Ibid.*, 144.

Más allá de la historia conocida sobre el movimiento chicano y sus figuras legendarias como César Chávez y el Sindicato de Trabajadores Agrícolas; Reies López Tijerina y la Alianza Federal de Pueblos Libres; Rodolfo *Corky* González y la Cruzada por la Justicia, o José Ángel Gutiérrez y el Partido de la Raza Unida, el movimiento chicano dejó su impronta en el campo educativo y se crearon departamentos de estudios chicanos en algunas universidades estadounidenses e importantes organizaciones que dieron forma al Movimiento Estudiantil Chicano de Aztlán (MECHA), y a la Asociación Nacional de Estudios sobre Chicanas y Chicanos (NACCS, antes NACS, por sus siglas en inglés).

Estados Unidos es uno de los países con mayor cantidad de hispanohablantes (cerca de treinta millones), y posee una rica expresión cultural con múltiples lenguajes y referentes culturales, en la que lo latino tiene presencia destacada en diversos ámbitos como la música, el baile, la literatura, la plástica, la comida, situación que ha dado forma a importantes intercambios y recreaciones culturales.

La experiencia de la segunda guerra mundial, vinculada con la agudización de conflictos interétnicos, se manifestó en la persecución de los pachucos en los años cuarenta. Posteriormente, el movimiento chicano, la elevación de los niveles de escolaridad y la urbanización de la población influyeron en el desarrollo de la producción literaria, en la que se destacaba y denunciaba la opresión sociocultural. Estos elementos subrayaron la condición colonial y buscaron recuperar la parte indígena y mexicana que los habitaba. También se recrearon imágenes de la cotidianidad del barrio, del pueblo, de los afectos entrañables, o de madres y padres, abuelas y abuelos. Algunas de las obras importantes de ese periodo fueron la ya mencionada *Pocho en español* (1959), de José Antonio Villarreal; el poema de Rodolfo *Corky* González, *I'am Joaquín*, publicado en 1954; los textos satírico-políticos en *El malcriado del Sindicato de Trabajadores Agrícolas*, *Los poemas del barrio* y de los "vatos" de José Montoya, con su memorable *El Loui*. Destaca también la aparición de revistas literarias como *El Grito* (1967) y *Chicano-Riqueña* (1973). La Editorial Quinto Sol (1968) publicó obras fundamentales de la literatura chicana como la narración de Tomás Rivera *... Y no se lo tragó la tierra* (1971); *Bendíceme, Última* (1972) de Rodolfo A. Anaya, o *Estampas del Valley* y otras obras de Rolando Hinojosa (1973) y *Rain of scorpions* (1974), de Estela Portillo. En ese mismo año, Miguel Méndez publicó *Peregrinos de Aztlán*, novela que incorpora a la frontera norte de México (*Floriscanto de Aztlán*, de Alurista). En el teatro, lo más destacado fue el Teatro Campesino de Luis Valdez, y su representación de "actos" donde se recreaban los problemas de la comunidad y los trabajadores mexicanos.

Desde la década de los ochenta la literatura chicana ha tenido cambios sustanciales, entre los que adquiere importancia la presencia de las mujeres. Sin dejar de lado anclajes fundamentales derivados de su posición como grupo subordinado en Estados Unidos, ni la dimensión étnica ni la (re)creación y deconstrucción de símbolos e iconos fundantes de la representación de lo mexicano (como el pasado indígena, las referencias tópicas enraizadas en el espacio mítico de Aztlán, o la centralidad masculina del discurso nacionalista chicano), se abandonaron posiciones encontradas y se incorporaron formas analíticas más complejas, en las que adquirieron relevancia la condición de género, las opciones sexuales, la deconstrucción de los discursos masculinistas de

El Movimiento, y la impronta de la cultura popular y religiosa. Junto con nuevas revistas y espacios literarios, se hicieron visibles las preocupaciones de escritoras y escritores, destacando la obra de Sandra Cisneros, Ana Castillo, Gloria Anzaldúa, Cherríe Moraga, Lucha Corpi, Helena María Viramontes, Denise Chávez, Angélica Vigil, Angélica Hoyos, Graciela Limón, Alejandro Morales, Norma Alarcón, Mary Helen Ponce, Norma Cantú, Angie Chabram, Rosaura Sánchez, José Antonio Burciaga, Francisco Alarcón, Cordelia Candelaria, Jimmy Santiago Baca, Norma Klhan, María Herrera Sobek, Carlos Cumpián, Ángela de Hoyos, Lorna Dee Cervantes, Rosemary Cotacalcos, Rebeca González, Martín Espada, Ray González, Víctor Hernández Cruz, Carmen Tafolla.¹⁹

En los últimos veinte años se han realizado importantes trabajos que dan cuenta de los cambios socioculturales. En Estados Unidos las perspectivas postmodernas, al igual que las teorías del multiculturalismo, han cuestionado las bases desde las cuales se busca legitimar la condición superior de la cultura dominante, dando prioridad a la discusión cultural en la que se semantizan las fronteras étnicas, de género, de generación o de opción sexual, y cobran relevancia trabajos de autores que participan en los debates sobre la postmodernidad, el multiculturalismo, el postcolonialismo, el neocolonialismo y los estudios culturales. Se ha optado por posiciones no esencialistas y, como planteaba Raymond Williams, se avanzó en la interpretación de las relaciones entre lo dominante, lo residual y lo emergente. También se trabajó con y desde los márgenes, los intersticios y los umbrales. Las fronteras culturales no se detienen en el límite ni concluyen en rupturas, sino que, como ha señalado Homi K. Bhabha, son nuevos horizontes, campos donde algo se inicia, de ahí los intersticios o espacios intermedios que inciden en la definición de estrategias de identidad y pertenencia.

Los nuevos debates sobre fronteras culturales se expresan desde distintos acercamientos a procesos que marcan nuestro arribo al nuevo milenio, como la identidad, el género, las culturas juveniles, el interculturalismo, la etnicidad, el poder, las nuevas estructuraciones sociales, las industrias culturales, las nuevas mediaciones audiovisuales, el “hibridismo” y la diáspora sociocultural, lo central y lo periférico, los intersticios y los umbrales culturales.

Renato Rosaldo destaca que las narrativas chicanas son portadoras de fronteras entendidas como puntos de cruce identitario y cultural, lo cual se expresa en los textos de Américo Paredes, Ernesto Galarza, Sandra Cisneros y José Montoya, y que Rosaldo analiza como zonas fronterizas. Desde la década de los ochenta, las mujeres han participado de manera intensa en un amplio proceso de decodificación de las narrativas precedentes, incorporando de manera profunda la reflexión y la práctica crítica en las relaciones de género, e impugnando la homogeneidad de la narrativa masculina. Para

¹⁹ Son de importancia fundamental para la reconstrucción de perspectivas amplias sobre la literatura chicana, los trabajos de Luis Leal y Juan Bruce-Novoa, 1983, *La literatura chicana a través de sus autores*, Siglo XXI Eds., México; Tino Villanueva, 1985, *Chicanos*, Fondo de Cultura Económica, México; Charles Tatum, 1982, *La literatura chicana*, SEP, México; Cordelia Candelaria, *Chicano Poetry. A Critical Introduction*, Greenwood Press, Connecticut; Ray González (comp.), 1992, *After Aztlán, Latino Poets of the Nineties*, DRC, Boston.

ellas, las fronteras conllevan nuevos puentes raciales, culturales y feministas, como han planteado Cherríe Moraga y Ana Castillo.²⁰

Gloria Anzaldúa avanza en el análisis de la dimensión de frontera, destacando la condición misma del pueblo chicano que incorpora identidades fronterizas incluyendo lo (la) mexicano(a), lo indio(a), y lo (la) anglosajón(a). La mujer fronteriza vive en los umbrales, en los intersticios, en los márgenes; su conciencia es una conciencia fronteriza. La cultura fronteriza es producida por quienes cruzan los límites de la normalidad, y estos límites pueden ser nacionales, étnicos, de raza o de género. Las autoras y autores chicanos(as) destacan elaboraciones complejas sobre la frontera y lo fronterizo. Esta es la perspectiva de Angie Chabram, cuando señala que “son muchos los contextos históricos y políticos que marcan nuestras fronteras”; cruzarlas requiere reinterpretar las partes y los umbrales que participan. Por ello, Rosalinda Fregoso analiza la representación femenina en el cine, cuestionando la centralidad masculina que reduce a la mujer a espectadora, y analiza el trabajo de autoras que, como Águeda Martínez, Lourdes Portillo, Nina Serrano, Susana Muñoz y otras, han avanzado en un repositionamiento de las representaciones y la participación de las mujeres.

A diferencia de la perspectiva centralista que construye una frontera lejana, los chicanos y chicanas hablan desde las fronteras, como Sandra Cisneros, quien al recrear literariamente las experiencias familiares y barriales de Esperanza, descubre las dimensiones étnicas vinculadas a la subordinación y a la pobreza, así como las dimensiones familiares y de género (presentes en las miradas, el crecimiento de las caderas o los golpes de la pareja; golpes dolorosos, aunque Sally pretenda justificarlos con un “no me pega tan fuerte”). Las fronteras se vuelven amenazantes en la lengua cuando el *no speak English* obliga a ver el mundo a través de la ventana, pero las amenazas crecen y se vuelven intolerables cuando impiden la comunicación con los hijos. Las fronteras dividen los barrios, por ello, cuando deja de “morenear”, el miedo hace temblar las rodillas. El barrio nos marca, nos habita, por eso Esperanza siempre será Mango Street. A diferencia de la imagen centralista sobre la frontera y los migrantes, para Cisneros, como para muchos chicanos, chicanas y fronterizos(as), la frontera es la dimensión cotidiana, el sitio del encuentro, el lugar del (re)posicionamiento. El dolor no se presenta atenuado por las narraciones; en “el norte” las experiencias se observan en las calles, en las fábricas, en el campo, en las biografías familiares, y la tragedia se conoce de manera cercana, directa, como en “Gerald sin apellido”, donde Cisneros narra la historia de un inmigrante alegre, bailador, que fallece sin que se conozca su apellido, ni su dirección:

¿Pero qué importa? Él no significaba nada para ella. No era su novio ni nada por el estilo. Sólo un bracero más de esos que no hablan inglés. Simplemente otro ilegal. Ya sabes de cuáles. Los que siempre parecen estar avergonzados[...].

²⁰ Cherríe Moraga y Ana Castillo (comps.), 1981, *Esta puente mi espalda. Voces de mujeres tercermundistas en Estados Unidos*, Ism Press, San Francisco. Véase también Gloria Anzaldúa (comp.), 1990, *Making Face, Making Soul*, Aunt Lute Books, San Francisco.

[...]Ellos nunca vieron las cocinetas. Nunca supieron de los departamentos de dos cuartos y de los cuartuchos que él rentaba, las órdenes de pago semanales enviadas a su pueblo, la casa de cambio. ¿Cómo podían?

Su nombre era Geraldo. Y su casa está en otro país. Los que le sobreviven están muy lejos, se preguntarán, van a encoger los hombros, recordarán. Geraldo —ése se fue al norte[...] nunca volvimos a saber de él.²¹

Los chicanos y chicanas viven en las fronteras. El país, como comunidad imaginada, ha sido un espacio fragmentado que no termina de integrarlos. Por ello Moraga señala: "I am a Chicana nearing forty without country", y de manera más contundente, en *Art in América*, con acento señala: "Los Estados Unidos es mi país, pero no es mi patria. I cannot flee the United States, my land resides beneath its borders."²² Ana Castillo define de manera aguda la condición de las mujeres chicanas, las mujeres sin nación, las Mexic Amerindians o, de manera más directa, la Xicanisma, la chicana feminista. Castillo hurga en las luchas de las mujeres, su activismo, sus prácticas culturales y sus luchas políticas.²³ En *Cartas de Mixquiahuala*, novela elaborada a partir de la comunicación epistolar de Teresa y Alicia, Teresa interpreta su propia experiencia desarrollando una reflexión existencial sobre los umbrales de género, étnicos, cosmogónicos, el mundo de las abuelas y sus fantasmas. El viaje de reconocimiento a su cultura complementaria le permite analizar sus desencuentros culturales con México, así como confrontarse con las aristas agudas del machismo, el sexismo, las relaciones poco claras; conocer los límites del mito de la tradición mexicana; entender que su lenguaje denota tratos diferentes y que ser chicana la expone a la imagen vulgarizada de "la mujer liberal"; que las diferencias de género traspasan las fronteras identitarias, y por ello cuestiona a "los hombres, inmortalizados mucho más allá de los límites de su supuesta grandeza".

Los afectos desdoblados, como los procesos culturales, rebasan las fronteras. Esta condición es certeza vivencial para los chicanos, quienes la reflejan en sus biografías, en su sangre, en su epidermis, en las marcas que los certifican. En *Undocumented Love. Amor indocumentado*, José Antonio Burciaga lo recrea poéticamente:

Para México con cariño
Madre patria que acusaste
a tus hijos sin razón,
siendo tú la ocasión
quiero que recuerdes:

Que somos hijos de olvidados,
hijos de revolucionarios,

²¹ "Geraldo sin apellido", en Sandra Cisneros, 1994, *La casa en Mango Street*, Vintage Español, Nueva York. Traducción de Elena Poniatowska.

²² Cherríe Moraga, 1993, *The Last Generation*, South End Press, Boston.

²³ Ana Castillo, 1994, *Masacre of the Dreamers: Essays on Xicanisma*, University of New Mexico Press, Albuquerque.

hijos de exiliados,
 hijos de mojados,
 hijos de braceros,
 hijos de campesinos,
 hijos que buscan pan,
 hijos en busca de trabajo,
 hijos de Sánchez que no educaste,
 hijos que abandonaste,
 hijos de padrastro gringo,
 hijos de los de abajo,
 hijos pochos,
 hijos guachos,
 hijos con el *Spanish* mocho,
 hijos desamparados.
 Recuerda que somos mexicanos,
 somos chicanos,
 sabemos inglés,
 y como descendientes ausentes
 recuérdanos como hijos pródigos.²⁴

La frontera es campo de relaciones intensas, que también pondera los odios, las incomprensiones y la intolerancia, situación captada de forma aguda por Juan Felipe Herrera:

What if the U.S. was Mexico?
 What if 200 000 Anglosaxicans
 were to cross the border each month
 to work as gardeners, waiters,
 3rd. chair musicians, movie extras,
 bouncers, babysitters, chauffers,
 syndicated cartoons, feather-weight
 boxers, fruit-pickers & anonymous poets?
 What if they were called waspanos,
 waspitos, wasperos or wasbacks?
 What if we were the top dogs?
 What if literature was life, eh?²⁵

²⁴ José Antonio Burciaga, 1992, *Undocumented Love. Amor indocumentado. A Personal Anthology of Poetry*, Chusma House Publications, San José, CA, p. 43.

²⁵ Tomado de Juan Flores, 1993, *Divided Borders. Essays on Puerto Rican Identity*, Arte Público Press, Houston, Texas.

La condición de frontera también se expresa de manera intensa, con su carga de necesidad y ausencia, en el poema “El otro lado”, del escritor salvadoreño-chicano Rubén Martínez:

El otro lado
 The other side,
 that's where I'am from,
 el otro lado,
 that's where you're from,
 the other side...
 ¿Me oyes?
 over there, por allá,
 hear, me?
 Here, me!
 this me, this me,
 desde este lado,
 on this side, este yo
 y no el yo del otro,
 not your me.
 But this me, the one
 that wears all the colors
 of the continent!²⁶

Al igual que otros escritores, Guillermo Gómez-Peña construye su discurso como un constante cruce de fronteras, por lo que se autodefine como un mexicano nómada, artista y escritor en proceso de chicanización. Esta ubicación no sólo es espacial, sino que también transita por los campos lingüísticos del español al “espanglish” o al inglés. Para él, la cultura estadounidense es multicéntrica e híbrida. En una época de cambios feroces, de fronteras cambiantes, vacíos, odios y pérdidas, la mudanza, la migración y la desterritorialización parecieran conformar las únicas certezas posibles. Por ello el hogar está aquí y en otra parte y en ningún lugar. Por eso Gómez-Peña afirma: “Yo cargo la frontera conmigo y yo encuentro nuevas fronteras donde quiera que voy.” En este nuevo orden fronterizo, Mexamérica es definida como una nación conceptual que incluye a los estados norteros de México y se sobrepone con varias naciones indias. Desde esta perspectiva, “todos somos potenciales cruzadores de fronteras y exiliados culturales”, habitantes de “hibridamérica” o “transamérica”, y el hibridismo es la cultura dominante. Pertenece al cuarto mundo, formado de indios y comunidades en diáspora, sin identidades estáticas, con nacionalidades mezcladas, sin lenguajes puros ni tradiciones culturales sacras: “los miembros del cuarto mundo viven

²⁶ Rubén Martínez, 1993, *The Other Side. Notes from the New L.A., Mexico City and Beyond*, Vintage, Nueva York, pp. 81-84.

entre y a través de varias culturas, comunidades y países”. De esta perspectiva “caleidoscópica” deriva el reto de artistas y escritores del cuarto mundo: elaborar el nuevo conjunto de mitos, metáforas y símbolos que nos ubiquen en esas cartografías fluctuantes.²⁷ Desafortunadamente, el “cruce de fronteras” que propone Gómez-Peña no existe para la mayoría de chicanos(as) y mexicanos(as) que enfrentan el racismo, la discriminación, la explotación de clase o el “apañe de la migra”.

Especial mención merecen los esfuerzos realizados por un grupo de escritoras chicanas y mexicanas, quienes realizaron tres coloquios (1987, 1988 y 1989) bajo el título de “Mujer y literatura mexicana y chicana. Culturas en contacto”. Dichos coloquios fueron organizados por Aralia López y Elena Urrutia del Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer (PIEM) de El Colegio de México, y Amelia Malagamba del Departamento de Estudios Culturales de El Colegio de la Frontera Norte, a raíz de los cuales se publicaron dos memorias.²⁸ Con el mismo objetivo de diálogo, en 1993 se realizó el coloquio “Literatura escrita por mujeres chicanas”, organizado por la UNAM, cuyos trabajos fueron publicados en el libro *Las formas de nuestras voces: Chicana and Mexican Writers in Mexico*.²⁹

Estos coloquios representan esfuerzos importantes por conformar espacios de diálogo transfronterizos, a pesar de las diferencias objetivas de clase y raza entre las participantes, las posiciones literarias, de mayor compromiso político por parte de las chicanas, y de sus referentes emanados de la cultura popular que denotan una reciente movilidad social y académica.³⁰ Sin embargo, las experiencias dejan muchas lecciones, la más importante de las cuales fue formulada por Gina Valdés cuando afirma: “Hay tantísimas fronteras que dividen a la gente que por cada frontera existe también un puente.”

UMBRALES, FRONTERAS E INTERSTICIOS

Analizar los procesos culturales de la frontera requiere evitar la conformación de relaciones mecánicas entre los procesos económicos y lo que ocurre en los campos socio-culturales; sin embargo, no se puede realizar este análisis negando los elementos objetivos expresados en relaciones sociales que inciden en sus prácticas y formas de producción cultural.

Proponemos, para el análisis de los fenómenos culturales de la frontera, incorporar la relación procesual de los siguientes elementos:

²⁷ Guillermo Gómez-Peña, 1996, *The New World Border. Prophecies, Poems & Loqueras for the End of the Century*, City Lights, San Francisco.

²⁸ Aralia López, Amelia Malagamba y Elena Urrutia (comps.), 1987, *Mujer y literatura mexicana y chicana. Culturas en contacto*, Colmex/PIEM/Colef/UCSD, Tijuana, B.C., México.

²⁹ Claire Jorismith (comp.), 1995, *Las formas de nuestras voces: Chicana and Mexican Writers in México*, UNAM/Third Woman Press, México.

³⁰ Mary Helen Ponce hace un recuento de las narradoras más destacadas de los últimos años, entre quienes señala a Sandra Cisneros, Denise Chávez, Ana Castillo, Roberta Fernández, Laura del Fuego, Patricia Preciado, Cherríe Moraga, Marisela Norte, Gina Valdés y Helena María Viramontes.

Intersección cultural. La frontera se define por la conformación de múltiples campos de intersección cultural, concepto que alude al conjunto de elementos compartidos por grupos distintos que se ubican en matrices culturales diferentes; que implica procesos de encuentro y se compone de dos niveles: el primero de ellos se refiere a la intersección cultural vertical (institucionalizada e institucionalizante/ascendente y descendente), en la que mediante diversos procesos de socialización los grupos dominantes establecen los elementos culturales (propios o apropiados) que se enseñan y reproducen mediante los campos legitimados de socialización, como ocurre en la relación entre culturas dominantes o hegemónicas y las culturas populares o subalternas. Por otro lado, la intersección cultural horizontal se establece en la interacción de grupos sociales que no se encuentran vinculados por relaciones estructuradas de dominación, sino por redes o formas de interacción no institucionalizadas, como ocurre entre diversos grupos juveniles, entre miembros de pueblos indígenas transfronterizos, o entre miembros de una misma clase social quienes, a pesar de que existen identificaciones con umbrales de adscripción/exclusión que establecen aquellos que participan en la delimitación del *nosotros* y el *ustedes*, comparten elementos culturales reconocibles que les atribuyen semejanzas.

Vecindad. Lo que define a la frontera es la vecindad, palabra coloquial con mayor capacidad ilustrativa que muchos de los conceptos más o menos sofisticados con los cuales se busca definir la relación que se establece en los ámbitos de frontera. La vecindad, más que una adyacencia, un privilegio o una fatalidad geográfica, alude a espacios de habitabilidad dentro de los cuales se produce una interacción intensa pues, como señalara Heidegger: el vecino es aquel que habita en la proximidad de otro y con otro.³¹ La vecindad requiere de la coparticipación en un campo relacional. La vecindad entre México y Estados Unidos se caracteriza por la desigualdad; por ello la perspectiva de co-destino, expresado en la idea de que lo que sea para el bien de Estados Unidos también lo es para México resulta falaz, al igual que las pretensiones de homologación de las condiciones en ambos lados.

Apropiación cultural. La apropiación cultural implica la incorporación, en la estructura representativa, del grupo de elementos culturales provenientes de otra matriz de sentido. El grupo se apropia de estos elementos, los hace suyos otorgándoles condiciones de legitimidad. Lo que define este proceso es que la apropiación se realiza en un solo sentido, independientemente de la voluntad del grupo o los grupos de los cuales esos elementos culturales son originarios. En este sentido, las culturas de frontera se caracterizan por apropiaciones lingüísticas, gastronómicas, de consumo cultural, que se integran en las matrices culturales propias, donde adquieren nuevos matices y significados.

³¹ Citado en Jaques Derrida, 1989, *La deconstrucción en las fronteras de la filosofía. La retirada de la metáfora*, Paidós, Barcelona.

Transculturación. La transculturación, concepto que comenzó a circular desde los años cuarenta, se refiere a un proceso doble o múltiple de apropiación cultural, en el que los grupos interactuantes “intercambian” elementos culturales. La transculturación se inscribe en campos de relaciones desiguales donde, frecuentemente, existen estrategias por parte de los grupos, sectores o naciones dominantes para imponer sus modelos culturales a los grupos menos poderosos, situación que ha definido muchas de las relaciones que ocurren entre México y Estados Unidos.

Innovación o creación cultural. Proceso necesario para la vida misma. Los grupos sociales siempre están produciendo nuevos elementos culturales que responden a nuevas situaciones o a nuevas formas de apropiarse de las condiciones antiguas. Esta dimensión se refiere a la condición dinámica de los procesos culturales, a su condición procesual, no esencialista ni cristalizada.

Recreación cultural. La recreación cultural se refiere a los nuevos sentidos que adquieren los productos culturales que se integran en una estructura de significados diferente a la original. Esta condición implica su resemantización y, por lo tanto, una nueva codificación. Tal situación se ha dado particularmente en las variadas formas de apropiación de la simbología definitoria del perfil cultural mexicano por parte de la población chicana en Estados Unidos, donde la virgen de Guadalupe y otros símbolos patrios se inscriben en nuevos campos de sentido y de disputa sociocultural.

Resistencia cultural. La resistencia cultural se produce en relaciones sociales en las que los miembros de un grupo reaccionan de manera activa frente a los intentos de otros grupos por imponerles sus propios elementos culturales. Podemos identificar dos formas de resistencia. La primera sería la dominante, en la que los miembros de los grupos dominantes reaccionan contra las posibles influencias de los grupos subalternos, de las minorías étnicas o de los colectivos subordinados (mujeres, jóvenes, etc.), con el fin de impedir que sus propuestas y expresiones culturales puedan “contaminarlos”. Entre estas formas de resistencia dominante podemos destacar la de los grupos supremacistas y racistas; las ofensivas ideológicas de los grupos en el poder contra las ideas que no les son afines; las respuestas patriarcales frente a las posiciones feministas; las reacciones de las “mayorías morales” y otros grupos conservadores contra las voces diferentes (los homosexuales, partidarios de opciones de relación que no corresponden con los modelos familiares nucleares). Por otra parte, la resistencia antihegemónica se refiere a las acciones colectivas que ciertos grupos realizan con el objetivo de evitar su colonización cultural por parte de los grupos con mayor poder. Entre ellos se encuentran los llamados “nuevos movimientos sociales”, como serían los movimientos étnicos, de liberación nacional, contra la opresión y explotación de clase, el feminismo, los diversos movimientos juveniles y de liberación sexual, los movimientos ecologistas, etc. Son los grupos que plantean formas de relación anticolonial, que reaccionan frente a movimientos de sujeción o de control al estilo de los “auténticos coletos” en Chiapas, de los grupos supremacistas en Estados Unidos o de movimientos como *english only*, entre muchos otros.

Interpretación. La relación fronteriza establece un constante proceso de representación entre los miembros de los diferentes grupos. Esto implica, a su vez, procesos más complejos que la mera “traducción” o “co-traducción”, pues la desterritorialización/reterritorialización no sólo implican procesos de traducción de la condición previa, sino que el migrante se sabe inscrito en nuevos campos de sentido y, por ello, sus referentes culturales anteriores quedan inscritos en un nuevo contexto social. El migrante deberá “interpretar” y recrear los nuevos contextos desde su propia herencia cultural.

Traslación cultural. La traslación cultural es la proyección y reinterpretación o transformación que se realiza para hacer corresponder un elemento cultural de la nueva realidad social, con otro u otros correspondientes a otra situación.

Intersticios culturales. En la frontera se expresan diversos intersticios culturales con sus propias especificidades, ubicándose en medio de procesos distintos de mayor amplitud que ocurren en la colindancia entre lo mexicano y lo estadounidense.

Inclusión/exclusión. Una característica cultural importante de la frontera se refiere a la presencia de procesos de inclusión y de exclusión a partir de las identificaciones conformadas desde los ámbitos fronterizos y transfronterizos. Los primeros tienen que ver con aspectos culturales desde los que se diferencian los procesos de frontera frente a las imágenes generalizadas de lo estadounidense y lo mexicano. De manera simultánea, desde el centro o el sur del país se conforman posiciones sobre las características de los nortños, y en el norte, éstos hacen lo mismo con otros grupos nacionales. Algo similar ocurre en la relación con los diferentes rostros de lo estadounidense.

Los ámbitos transfronterizos se refieren a los procesos de intersección cultural que ocurren entre la población de ambos lados de la frontera, donde han tenido lugar fenómenos socioculturales cuyas características se producen desde juegos de espejos y paradojas que suceden en el contexto de la vida de la frontera y su interacción con las culturas dominantes de México y de Estados Unidos.

La frontera permite redimensionar la relación centro/margen, en la medida en que se conforma desde realidades donde actúa más de una centralidad, principalmente en el campo normativo nacional. Hablar desde la frontera es ubicarse en un campo que niega su centralidad, pues corresponde al límite. Un límite que es inicio y final, ruptura y continuidad, hasta aquí y más allá. Estar en la frontera obliga a ubicarse en ámbitos de convivencia con una presencia transgresora de los límites, que se integra en diversas prácticas sociales y actúa en distintos ámbitos, intersecciones o intersticios culturales.

LOS UMBRALES FRONTERIZOS

Desde el centro de México y Estados Unidos la frontera representa el cruce, el desplazamiento, el viaje, la experiencia feliz o dolorosa del regreso, las marcas del camino. Desde la región fronteriza los umbrales internacionales son permanencia en fuga, cotidianidad marcada por la desigualdad, confrontación de diferencias, múltiple juego de espejos, sitio donde la experiencia de la diáspora se densa, se confronta. La fron-

tera es un campo de relaciones inter y transculturales, donde los aspectos nacionales “uniforman diferencias regionales” y el color de la piel sugiere estatus. En la frontera, el lenguaje es poder visible. La nación territorial confronta la esperanza con las oportunidades de burlar a policías y militares, escapar de sus “moscos”, sus perros, sus patrullas, sus lentes infrarrojos, sus computadoras y rastreadores hipersensibles. La nación social conlleva afectos divididos, redes comunitarias transfronterizas, problemas comunes separados por criterios absurdos para “certificar” mejor al vecino.

La frontera es un espacio representado donde se concentra la herencia cultural y la memoria, donde se “remiendan” las identidades trizadas, casi en fuga. Sitio de cruces lingüísticos, la frontera es un ámbito de significados abiertos, de gramáticas inclusivas que identifican niveles de tolerancia social; escritura a varias tintas, lectura constante de los otros. La frontera es un campo intenso, como banderillas que hieren territorios y humillan a los pueblos. Es una prueba de tolerancia en la interacción con los otros y otras que nos habitan; policromía que da color a nuestras pieles. Las fronteras son los muchos sonidos de nuestras voces, las diferencias que nos complementan, los ojos donde nos vemos, que al mirarnos nos dan visibilidad porque en ellos evitamos el extravío. La frontera es el glosario de sinónimos que nos nombran, de espejos que nos reflejan, el *imago* amable o terrible del que algún día prescindiremos para ser con los otros, quienes nos conforman, nos habitan, nos producen al nombrarnos. Nosotros y nosotras, los otros y las otras, con quienes nos (co)producimos al relacionarnos y representarnos. Las fronteras son intersticios sociales donde adquiere pleno significado la dimensión plural, heterogénea e inclusiva que conforma el nos/otros.